

Drogas y trabajo en los niños de la calle: sus condiciones materiales de vida*

*Alejandro Espinosa Yáñez***

Un propósito central guía el presente texto: demostrar que el consumo de drogas no es un hecho fortuito o extraordinario en la vida de la población infantil trabajadora. En su arco iris, los niños trabajadores se aproximan de diferente manera a las drogas, de acuerdo con su condición escolar, familiar y de actividad laboral concreta. La escuela, la familia y el trabajo son “estructuras estructurantes”, que hacen legibles las razones del consumo de drogas, como acción social que expresa y materializa el declive de la sociedad. Concretamente, se afirma que el consumo de drogas en los niños que ocupan la calle como espacio laboral o hábitat no está desconectado del trabajo y las condiciones que le rodean. Así, el tipo de trabajo, las horas destinadas al mismo, la prevalencia de mayor número de accidentes, las condiciones materiales de vida, son parte de un rompecabezas que alienta o inhibe el consumo de drogas, confiriéndole a éste una dimensión histórica y social.

* La información que aquí se presenta forma parte del “Segundo Estudio de Niñas, Niños y Adolescentes Trabajadores en cien ciudades”, el cual se concluyó en 2003 para el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). Este proyecto fue coordinado por el autor del presente trabajo. Como ponencia, el texto se presentó en la Mesa XI, Calidad de vida en el trabajo, del VIII Congreso Nacional de la Academia de Ciencias Administrativas, A.C. (ACACIA), realizado en la ciudad de Acapulco, del 5 al 7 de mayo de 2004.

** Profesor en los Departamentos de Producción Económica y Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco. Integrante del Centro de Investigación Laboral y Ase-soría Sindical, A.C. Dirección electrónica: alexpinosa@hotmail.com

Introducción

En los espacios laborales no sólo se producen mercancías y servicios; también se coordinan acciones, se crean vínculos sociales particulares entre los que destacan identidades, reglas, acuerdos (Bernoux, 1995). Más aún, el centro de trabajo, como la familia y la escuela en la socialización primaria, es un espacio pedagógico (Thuderoz, 1995:339). En el estudio del niño trabajador, en consecuencia, no se puede apartar al niño de este universo material y simbólico que llena de contenidos su dimensión de trabajador. El término *niño-trabajador* es un vínculo que nos lleva a comprenderlo así, bajo el supuesto de que es lo que es, en gran medida, porque comparte la experiencia del trabajo en todas sus implicaciones. De esta manera, y de acuerdo con M. Timio,

[...] un diagnóstico del hombre enfermo que prescinda de los aspectos sociales y culturales, es un diagnóstico trunco. De hecho, es necesario vincular la enfermedad tanto de individuos como de grupos o poblaciones enteras no sólo con el contexto ecológico en el que estos viven (desnutrición, escasa protección contra las enfermedades contagiosas, etcétera), sino también con las condiciones socioculturales de existencia y convivencia (Timio, 1983:27).

La exposición se dirige a un aspecto de relieve: el consumo de drogas. En la población que estamos estudiando, éste se da de manera diferenciada: en niñas y niños; con formaciones escolares distintas; en actividades diferentes, así como en condiciones materiales de vida que aceptan también la distinción. Recorramos este camino.

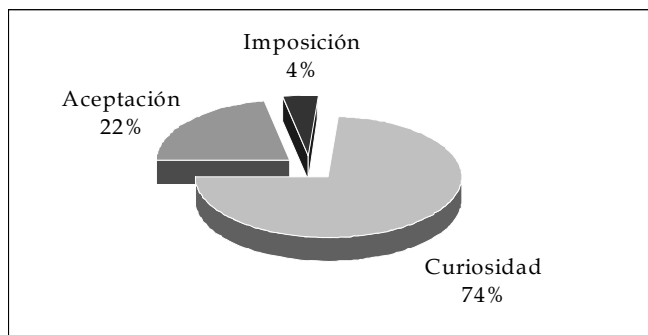
Mirando hacia adentro

La población entrevistada aceptó haber consumido droga, pero atención, sin que se traduzca necesariamente en consumidora frecuente, se ubicó en 8.78 por ciento, registrándose un mayor consumo en la población masculina –paridad de cinco hombres por una mujer. Estos son datos generales. Al revisar una particularidad, en el caso de la población indígena, el porcentaje que ha consumido droga asciende a 6.90 por ciento, manteniendo una paridad de nueve hombres frente a una mujer, considerando los números absolutos.

En la evidencia empírica, los niños se aproximan a las drogas antes que las niñas. Sin embargo, en promedio, en ambos grupos la cercanía con las drogas se da de manera más definitiva entre los 14 y los 15 años. La frontera donde comienzan los cambios es la de los doce años. Hemos señalado que el hecho de haber consumido droga no se traduce necesariamente en práctica frecuente de consumo. Sobre este

asunto, los niños trabajadores que señalaron haber consumido, y continúan en esta práctica, también 57 por ciento, matizaron que su consumo es de vez en cuando; 15 por ciento presenta tasas de consumo frecuentes, en el orden de una a dos veces a la semana; los que consumen más de tres veces a la semana llegan a 9 por ciento, mientras que quienes señalaron consumir a diario llegaron a 19 por ciento de la población ya delimitada. A la par de esto, si se sumaran los menores que consumieron droga alguna vez, pero que ya no lo hacen, es decir, agregándose a los que aún consumen, estaríamos refiriéndonos a 42 por ciento de la población infantil que tomó distancia de las drogas. Aproximémonos ahora a las razones, que de acuerdo con los niños y los adolescentes los llevaron al consumo de drogas; se ilustra en la siguiente gráfica:

Gráfica 1
Motivos de inicio en el consumo de drogas



En lo que se refiere a las drogas que se consumieron inicialmente, así como su trayectoria, es pertinente prestar atención en el siguiente cuadro:

<i>Droga de inicio</i>	<i>Lugar de acuerdo con consumidores</i>	<i>Droga de inicio, % de acuerdo con consumidores</i>	<i>Consumidores en porcentajes</i>
Activo	4	11	15.17
Thinner	2	21	37.87
Cemento	5	6	23.3
Gasolina	9	1	1.47
Pastillas	8	3	13.9
Resistol	6	6	23.84
Coca	7	4	19.74
Extasy	12	1	3.49
Basuco	11	1	3.76
Crack	10	1	6.58
Alcohol	1	29	51.91
Mariguana	3	16	49.16

De acuerdo con lo expuesto en el cuadro anterior, las drogas de inicio más populares (y accesibles) son el alcohol, el thinner, la mariguana, el activo y el cemento. Se trata, y no es un hecho fortuito, de productos en su mayoría de fácil acceso. En lo que se refiere a las trayectorias de consumo, en su eslabonamiento van a ocupar un lugar de relieve el alto número de consumidores de alcohol, mariguana, thinner y cemento, en ese orden. En algunos casos, los menos, se trata de consumidores flexibles: un día consumen una droga y al día siguiente otra. Como se aprecia en la información, la fidelidad a una droga tiene que ver con su frecuencia en el consumo, y en el cuadro se devela tal situación.

Por otro lado, los que dejaron de consumir drogas plantean diferentes argumentos. El más consistente apunta, en general, a que dejó de gustarles la droga (28%). El segundo argumento en importancia destaca el daño que les producía, es decir, hay un reconocimiento explícito de la afectación múltiple que apareja el uso de drogas (19%). El tercer aspecto que más se enfatizó fue el haber atendido los consejos de un familiar (12%). Sin embargo, hay diferencias que merecen destacarse, dados los diferentes argumentos entre la población masculina y la femenina. El primero es que los niños dejaron de consumir droga, duplicando la opinión de las niñas, por falta de dinero. Otra diferencia se percibe en el argumento de las niñas al señalar que por las drogas se alejaron de sus amistades. Las niñas le dieron un valor a la amistad que duplicó la importancia de los niños a este tema. Otros aspectos sobresalientes en las niñas son su deseo de estudiar, el valor del matrimonio (o la unión con la pareja) y el miedo; les dieron más importancia a estos motivos que los niños en su conjunto, lo que deja ver que las niñas están más estructuradas a un marco institucional que los niños y que el peso de las costumbres en ellas es aún mayor que en la parte masculina. No es un asunto menor, pues indica que hablamos de poblaciones que en su condición de género perciben la realidad, si no marcadamente diferente, sí con matices. Se hace necesaria la exigencia de considerar estos detalles en una política pública.

En la línea de exponer los resultados generales, detengámonos en la necesidad de ayuda en los niños y adolescentes consumidores. Por lo común, la mayoría de las respuestas se inclinaron, por un lado, por no necesitar ayuda para dejar las drogas, en el orden de 74.8 por ciento, lo cual no se aparta de la visión de que dejar las drogas, cualquiera que sea, no es difícil; y por el otro, el desdén por la asistencia profesional, sobre todo del que tiene que ver con la salud mental.

En casa

La casa es algo más que una superficie construida. En ella se realiza la historia cotidiana, se tejen los mundos de vida; en el caso particular que aquí tratamos, de los niños trabajadores. Dado que no es una isla, el adentro y el afuera en términos culturales no

se delimita por la puerta, sino por lo que llevan los sujetos, como portadores de conocimiento, experiencias, deseos, entre otros. Estos sujetos son los niños trabajadores, para los que el trabajo puede ser importante en diferentes grados, hasta llegar a ser lo principal (de acuerdo con el tiempo que destinen a él o si dejaron de estudiar para convertir el trabajo en obligación explícita, por ejemplo).

Según las respuestas de los niños trabajadores, una característica de los niños que trabajan y que en algún momento de su vida han consumido droga, es que se trata de población, frente a los pares que no han consumido, que vive en condiciones de mayor precariedad, de pobreza. Es necesario precisar que se trata de un universo en el que 84 por ciento son niños y 16 por ciento niñas.

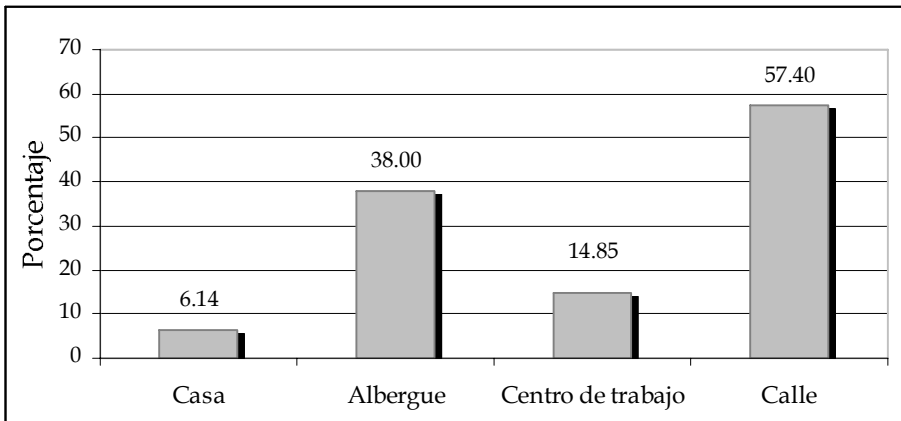
De los que han consumido alguna droga, más allá de su asiduidad o hecho extraordinario, 82 por ciento cuenta con agua potable abriendo la llave de su casa; por encima de este porcentaje, los que viven en casa, pero no han consumido droga, cuentan con el servicio de agua potable a través de la llave en 89 por ciento. En lo que se refiere al servicio de energía eléctrica, 93 por ciento de los niños trabajadores que han consumido droga pueden apretar el botón de la luz y contar con este servicio. Del otro lado del muro, quizá su vecino, también niño trabajador, pero que no ha consumido nunca ningún tipo de droga, podrá ver la televisión, es decir, disfrutar del servicio de energía eléctrica, en el orden de 97 por ciento. Son cuatro puntos de diferencia y de distinción social. En lo que se refiere al servicio básico del drenaje, la distancia se hace un poco más amplia: los que tienen la consigna del “di no a las drogas”, cuentan con una palanca para jalarle al baño en el orden de 64 por ciento, mientras que los que han consumido droga cuentan con la palanca en el baño en 54 por ciento. Hasta aquí hemos tratado sólo de los niños trabajadores que viven en casa, independientemente de su proximidad o no con las drogas. Si se hace la comparación con los niños que viven en la calle, la disparidad nos conduce a la pendiente del abismo social existente. En la gráfica siguiente se expone parte de esta diferencia social que se traduce en que los niños trabajadores no son iguales, y es posible hablar de estratos en este universo, en el que se parecen genéricamente porque son pobres, pero no iguales.

El vivir en casa, que es estrictamente lo que sugiere la gráfica, pone obstáculos al consumo de droga, puesto que en la casa existen reglas, acuerdos, normas y valores que cumplir. Se trata de límites que se enganchan a otros referentes estructurales, y que vinculados reducen la posibilidad de que el consumo de drogas se convierta en un factor de conflicto sociofamiliar.

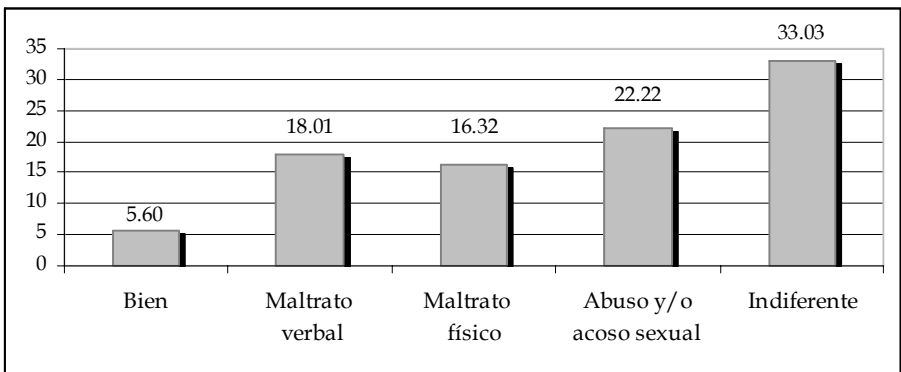
En las convenciones sociales dominantes, de acuerdo con el sentido que da a estos términos P. Bourdieu, vivir en casa es estar bien, debido a que la casa es un lugar de protección y resguardo. Pero dentro de la casa las historias domésticas son múltiples. Las narraciones acerca de la violencia intrafamiliar, de la dictadura de los golpes en lugar del amor de los padres –en donde al padre no le interesa que le amen, sino

que le tengan miedo, por ejemplo–, no son extraordinarias (Torres, 2001). Al indagar sobre la vida doméstica de estos niños y jóvenes que han probado en algún momento una droga o que son consumidores frecuentes, cuando se les pregunta respecto del trato que reciben, a diferencia del caudal dominante que humedece la costumbre social al referirse al buen trato, ponen el acento en el otro polo, el del maltrato físico o simbólico.

Gráfica 2
Consumen droga y lugar de residencia



Gráfica 3
Trato de personas con quien vives y consumo de drogas



No formó parte de la gráfica, pero otra parte de la población, si bien menor en el porcentaje, sí altamente sugerente en cuanto a la problemática que exponía, hizo referencia a otras circunstancias que se ligaban a pleitos, extorsión, regaños y a que les quitaban el dinero. Pero más allá de la necesidad de formalizar los datos, véanse con tiempo y sensibilidad los números que se presentan. Estos números son la concreción de realidades sociales, en este caso, simplemente adversas para los niños. A diferencia de los datos dominantes, en los cuales la tendencia es que el maltrato, los abusos y la indiferencia presentan tasas a la baja, para el caso de los niños y jóvenes trabajadores a que estamos refiriéndonos, la historia se presenta a la inversa.

Los niños invisibles, cercanos a las mujeres “sombra” y los ancianos “estorbo”. Por un lado se trata de una mirada que ubica a los niños como un dato residual, que además se curará con el tiempo. Por ello, como indican Duschatzky y Corea, los niños se presentan como sujetos sin derechos: importan como consumidores, pero no como ciudadanos.¹ En lo que se refiere al consumo, y en particular al ejercido en relación con las drogas, señalan las autoras citadas: “El consumo es una práctica que permite asomarnos a un modo de procesar la existencia o de habitar condiciones concretas de vida. El consumo pone al cuerpo en primer plano, es la escenificación de las sensaciones, sensaciones que en los tiempos presentes y en las circunstancias registradas transmitan más por lo destructivo y la celebración de la muerte que por lo orgiástico y lo festivo” (Duschatzky y Corea, 2002:49). Se trata de una realidad distinta de aquella a la que se refieren las autoras y, sin embargo, se ajusta a lo que vive nuestra población estudiada. Veamos ahora otra parte de la realidad, la del trabajo.

En el trabajo

El trabajo es una actividad humana. El retribuido se constituye en fuente de ingresos, aunque también lo puede ser de reconocimiento social, de valorización y autoestima. En el caso de los niños trabajadores esto es muy diverso, por las razones dominantes que los llevaron al mercado laboral precario y por la intensidad de un proceso de incorporación laboral que no es homogéneo. Por encima del reconocimiento social, la valoración o la autoestima, se encuentra por lo general la necesidad de contribución a la familia. Por otro lado, el trabajo como acción social, como se indicó anteriormente, atraviesa las porosidades de la socialización y la identidad.

¹ Con un argumento similar, se plantea: “Hasta ahora, y con una fuerte acentuación en los últimos decenios, la ciudad ha sido pensada, proyectada y valorada tomando como parámetro un ciudadano medio con las características de adulto, varón y trabajador, y que corresponde al trabajador, al elector pleno... los ciudadanos no adultos, no varones y no trabajadores, ciudadanos de segunda categoría, con menos derechos o sin derechos” (Tonucci, 1999:38).

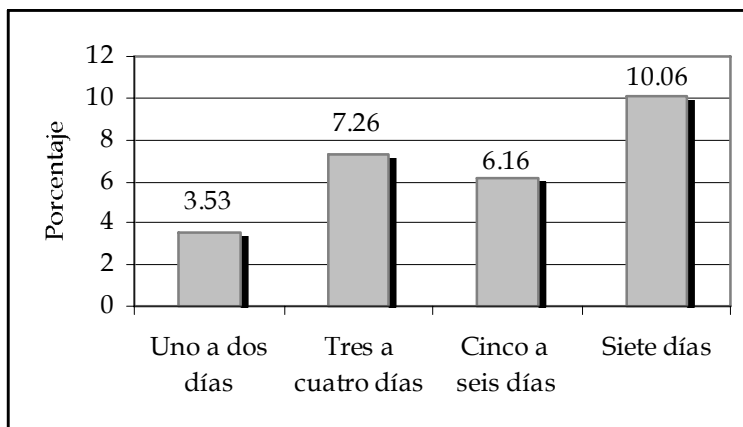
En la escena dominante puede verse que el esfuerzo de los niños trabajadores se articula al de los adultos, que aun trabajando ven disminuir sus condiciones de vida, dado el crecimiento de una bolsa de empleo precario en la que destaca la depreciación individual de los ingresos para hacer frente a las necesidades individuales y a los compromisos familiares. Los niños, al incorporarse al trabajo, ponen en entredicho la asignación social de los roles que debe cumplir cada generación, en torno a la división social, sexual y generacional. Si de manera convencional la responsabilidad de la reproducción familiar recaía sobre los hombros de los adultos, sin soslayar el importante papel de la incorporación de la mujer al trabajo en los últimos años, este “valor” social se ha quebrado con la presencia de los niños trabajadores y el ideal malogrado de la posposición al mercado de trabajo por la permanencia en la escuela.

Pero el aspecto principal que debemos analizar es en torno al trabajo y lo que produce, no como mercancías y/o servicios, sino como afectación individual. En este orden de ideas, como puede apreciarse en el siguiente gráfico, hay una relación estrecha entre trabajo y afecciones. Es muy difícil precisar, aparte de que esa no es la intención en este trabajo, si por el hecho de consumir drogas una desembocadura se manifiesta en el ensanchamiento del trabajo infantil. O bien al contrario, que es el trabajo y las condiciones en que se desarrolla, el factor de irradiación de un abanico amplio de problemas. Más allá de la rendija analítica a la que se acuda, lo significativo es que conforme aumenta el número de horas que los menores trabajan a la semana, es decir, conforme se extiende la jornada de trabajo semanal, al mismo tiempo se incrementa la tasa en el consumo de drogas. No debe verse como algo casual, sino como un correlato producido. El tránsito sin pausa de uno a dos días de trabajo a la semana, con una tasa del 3.53, la cual aumenta conforme se incrementan las horas de trabajo, deja ver el trabajo en su dimensión de afectación, aun cuando no haya claridad suficiente, aparentemente, por parte de los actores laborales sobre esta situación. Véase la siguiente gráfica que expresa de manera convincente lo apuntado.

En el espacio de trabajo, la cuestión del tiempo adquiere una importancia de primer orden. Es el caso de los niños y adolescentes trabajadores, que sin la experiencia de otros destacamentos laborales, tienen una idea particular de la ubicación de la actividad laboral (su actividad) en el tiempo. Los ritmos de trabajo, aun cuando no estén regulados ni esté presente la formalización de jerarquías ni líneas de mando, se han traducido en prácticas sociales en las que el niño trabajador da un atributo de valor al tiempo.

De ahí la importancia de señalar que la interiorización del tipo de trabajo en la población infantil se traduce, como en lo referido a la extensión de la jornada de trabajo y el consumo de drogas, en una relación particular con el consumo de drogas. Entrando en materia, los menores trabajadores que ubican su trabajo como temporal tienen una tasa de consumo de drogas del orden de 6.72 por ciento; por su parte, los

Gráfica 4
Extensión de la jornada de trabajo y consumo de drogas

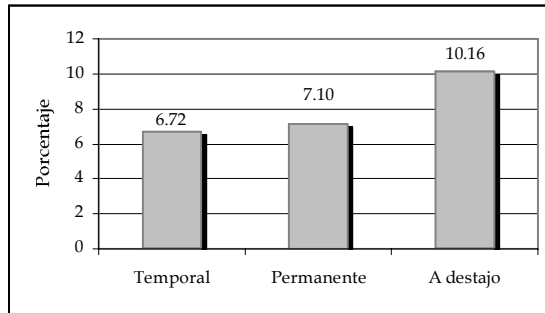


menores que ubican su trabajo como permanente presentan una tasa que asciende a 7.10 por ciento. Por último, y se trata de un dato muy significativo, los niños y jóvenes que trabajan a destajo,² desde su visión –sea correcta o no en términos técnicos–, señalaron haber consumido droga en el orden de 10.16 por ciento. Desde otra perspectiva, podemos interpretar los datos sin alejarnos demasiado de lo ya expuesto: para los menores que ven su trabajo como un estado temporal –incluida la “intelectualización” de que no necesariamente se trata de algo temporal, porque después de trabajar se pueden realizar otras actividades, por ejemplo estudiar–, éste, el trabajo, no se ha constituido en una carga mental. Asimismo, vale señalar que en más de dos tercios, los menores que consideran su trabajo como temporal, trabajan de uno a dos días (6%), así como de tres a cuatro días (16%) por semana, lo que le da consistencia a su percepción. Por otro lado, para los menores que ubican su trabajo como “permanente” (que lo dominante en nuestra recolección de evidencia plantea que trabajan de cinco a seis días o toda la semana, es del orden de 78%), algo que les acompañará de ahora en adelante como una obligación explícita, esta construcción del sentido de las cosas sí se constituye propiamente en una carga mental. Lo mismo ocurre con los trabajadores a destajo –y no nos alejamos de lo ya aportado por la

² “Como apuntamos antes, el destajo significa trabajar más para ganar más; pero también involucra la reducción de la seguridad del trabajo por el incentivo de trabajar con mayor rapidez y la acentuación consecuente del estado de fatiga puede traducirse en la no observación de medidas protectoras” (Timio, 1983:109-110).

sociología y la antropología médicas, que enfatizan la relación existente entre trabajo a destajo y producción de accidentes.³ La mayor prevalencia de consumo de drogas en este grupo deja ver un horizonte en el que el trabajo como constitutivo de la personalidad tiene una afectación particular. Como se hizo en la ocasión anterior, observemos la siguiente gráfica para ponderar la magnitud del problema que se tiene enfrente.

Gráfica 5
Tipo de trabajo y consumo de drogas



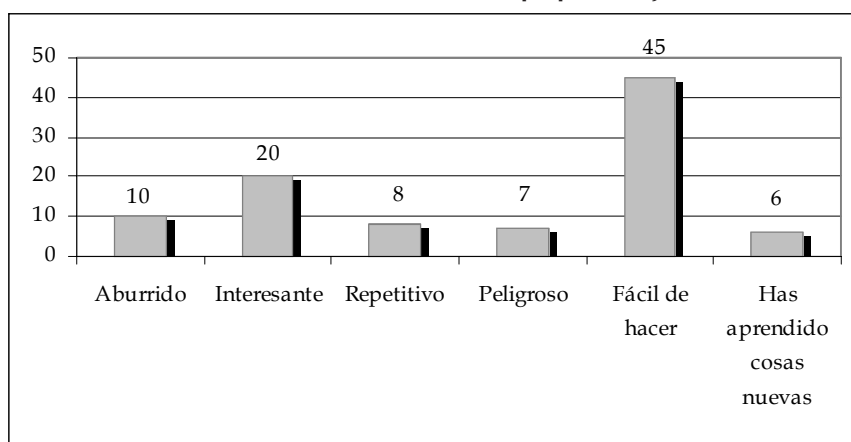
Dime en qué trabajas y te diré quién eres, de qué padeces. O como indica R. Ricchi: “Trabajar no es sólo peligroso sino que es también –muy frecuentemente– un verdadero sufrimiento. Y este principio vale para todos”. Si lo común en la práctica médica es no preguntar al paciente en qué trabaja, disociando algo que de suyo está articulado, en lo que a continuación se expone se parte de un argumento opuesto: el trabajo como estructura, influye en la percepción y acción del actor laboral. No lo determina, pues los márgenes de acción para acomodarse, hacer soportables las jornadas de trabajo, acortando en el imaginario la jornada, son parte de las autonomías de las personas que trabajan. Sin embargo, trabajar en cierto tipo de actividades, y la forma en que el trabajador se ve a sí mismo en esta dimensión, nos permite ubicar un problema importante. Así, si el trabajo es interesante, fácil de hacer (y como el espacio laboral también es un espacio pedagógico) y permite el aprendizaje de cosas nuevas, las tasas de consumo de drogas están por debajo del grupo de trabajadores que sin proponérselo, pero sí como parte de una “estructura estructurante”, ponen cemento en su respuesta en el vínculo entre el trabajo como algo aburrido y/o repetitivo y/o peligroso (con un grado percibido por el sujeto como peligroso para su realización) con el consumo de drogas: en su rango inferior, la concepción de que el trabajo es interesan-

³ Cfr. Laurell y Márquez, 1983.

te se sitúa en 5.89 por ciento, mientras que en el rango superior se alcanza a ver el trabajo como fácil de hacer en su relación con el consumo de drogas en 6.71 por ciento. En lo que respecta al vínculo más estrecho entre condiciones de trabajo y consumo de drogas, en su rango más bajo alcanza el orden de 8.41 por ciento, mientras que en el rango más alto llega a casi 15 por ciento, a 14.22 por ciento.

Si se toma distancia de la presencia de consumo de drogas y su relación con el trabajo, la forma en que se concibe el trabajo en general se aprecia de la siguiente manera:

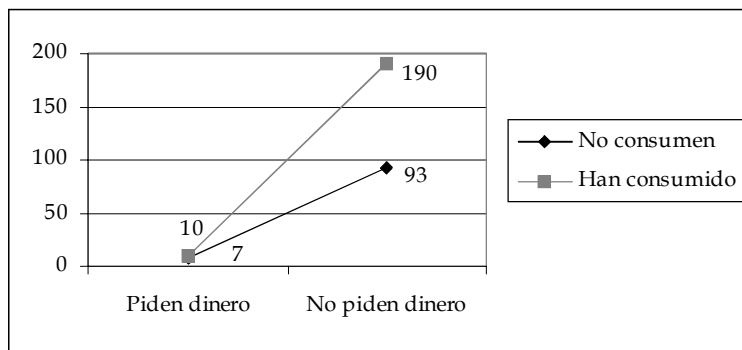
Gráfica 6
Mirada de los niños sobre su propio trabajo



Pasemos ahora a revisar otro aspecto que también expresa la complejidad del trabajo, dada la relación que establecemos con la explotación y el consumo de drogas. Los niños y adolescentes trabajadores que contestaron afirmativamente que han consumido droga y que de la misma manera, con un sí, señalaron que se les pide dinero para dejarlos trabajar, contestaron en el orden de 10 por ciento, mientras que los niños que contestaron negativamente respecto del consumo de drogas, pero positivamente en cuanto a que sí se les pide dinero para dejarlos trabajar, se situaron en 7 por ciento del total. Se trata de una diferencia en la que debemos reparar con sensibilidad, y que, insistimos, expresa el vínculo estrecho entre explotación laboral y desafección al trabajo.

Lo planteado en la gráfica anterior nos permite realizar varias lecturas del fenómeno. De entrada, es pertinente señalar que en los centros fabriles, y en general en los espacios laborales, un factor de desafección al trabajo y de las variables principales en la producción de accidentes es la falta de control del proceso de trabajo. En lo descrito existe una evidencia en ese sentido, lo que deja ver que se trata de una dimensión

Gráfica 7
Exigencia de dinero para permitir trabajar y prácticas de consumo de drogas



conjugada de espacio y tiempo en que la persona que ejerce el control subordina al menor (al menor concreto al que nos referimos y quien da dinero para que lo dejen trabajar) a su lógica. No necesariamente controla al menor en la forma en que realiza su actividad concreta, pero sí lo controla en el espacio laboral mismo. Otro filón que destaca del problema es la separación tajante entre mente y mano, entre los que definen los tiempos y los espacios para la realización de actividades y quienes las ejecutan, plegándose al esquema de control. Se trata, entonces, de una evidencia más en la cadena de la explotación infantil. Sin embargo, en este caso de manera aún más clara, el mismo concepto de *explotación* lleva implícito el concepto de *dominación*. Dicho de otro modo, no puede haber explotación si no está presente la dominación, al mismo tiempo y en el mismo espacio. Esta dominación implica la subordinación a una orden explícita –la capacidad de generar obediencia–, y la construcción de una autoridad que se ve como legítima, es decir, que tiene autoridad moral. Así ven los niños explotados a sus explotadores, como sujetos que se imponen, constituyéndose un hecho social en algo “natural” –que no tiene nada de esto, pero así se presenta. Sus implicaciones son múltiples: se trata de la construcción de protección para dejar trabajar, lo que permite ver su similitud con la forma en que operan los sindicatos tradicionales (los contratos de protección como la evidencia extrema) o las mafias, en un ejemplo también polar; otra expresión es el manejo concreto de los espacios laborales –lo que deja ver que el espacio no es neutro, pues está cargado de sentido y determinaciones, y a lo que asistimos es en micro a la lucha por el espacio;⁴ como parte de la dominación, también se trata de la reproducción de una idea que forma parte de las

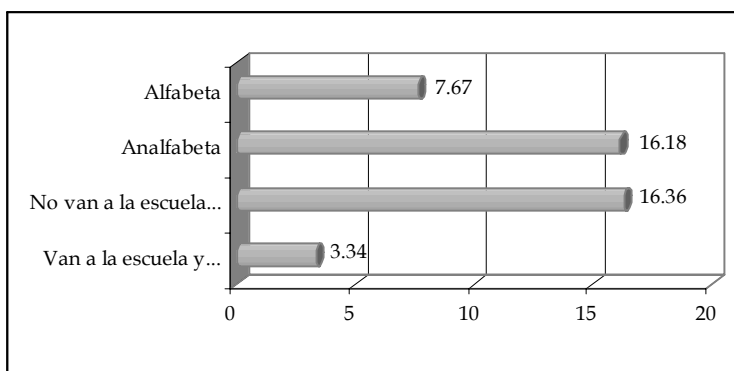
⁴ Cfr. Lefebvre, 1976.

conveniencias dominantes: los adultos son los que mandan, los niños los que obedecen, idea que está presente lo mismo en las familias, en las escuelas y ahora se aprecia con precisión en los espacios laborales. Esto nos lleva a la reflexión sostenida por F. Tonucci: los menores siempre son “menores”, por eso la necesidad de llamarlos niños.⁵

La palabra escrita

La escuela, como se indicó, es un establecimiento de relaciones sociales en el que se busca el desarrollo de conocimientos, de socialización y de cohesión social (saber hacer y creer articulados). Más allá, en una discusión estricta de si el amoldamiento social (socialización, disciplina, concepción del tiempo) que produce la escuela es suficiente o no para encarar los modernos requerimientos productivos, los cuales además influyen en una baja de los salarios en los puestos de trabajo menos calificados,⁶ lo que sí destaca en la evidencia empírica que se quiere exponer es que la escuela es un valladar frente a la precariedad social. Se ilustra este argumento, de manera contundente, en la siguiente gráfica:

Gráfica 8
Condición escolar y consumo de drogas

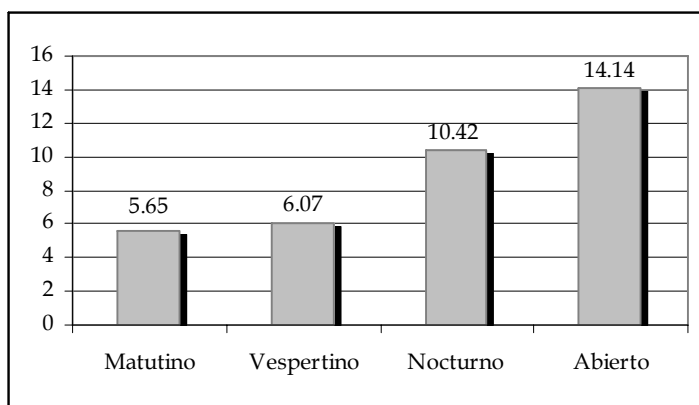


⁵ “Todos nosotros somos menores o mayores respecto de alguien, y ello depende del punto de vista o del parámetro considerado, pero el niño es ‘menor’ siempre, por definición. Esto significa que no se le reconoce un derecho fundamental, el derecho al presente, al hoy” (Tonucci, 1999:48).

⁶ Cfr. Padua, 1994, respecto de la desarticulación entre aparato productivo e instancias productoras de calificación. Por su parte, Castro Navajas apuntaba que “la educación aparecía como fuente esencial de crecimiento, debido a su valor en sentido estricto y al papel que jugaba en la aplicación de nuevos métodos productivos, en tanto que proporcionaba a los sujetos que lo hacían posible” (1995:136).

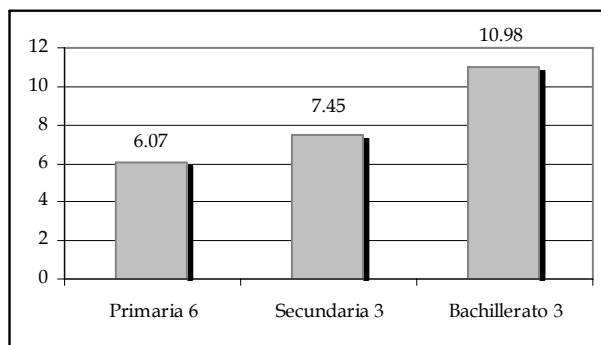
Situándonos en otro ángulo, apreciemos ahora cómo un mismo establecimiento escolar físico se llena de contenidos y prácticas sociales diferentes, de acuerdo con las relaciones sociales que se tengan en un momento dado. Es el caso de los turnos escolares. La información que a continuación se presenta lo mismo incluye a la población infantil y juvenil que sigue asistiendo a la escuela, como a aquella que mantuvo una relación institucional en un turno determinado, pero que por el momento ha cerrado ese ciclo de manera temporal o definitiva. Vale aclarar que se trata de una situación que envuelve al conjunto de los establecimientos escolares; sin embargo, como una parte considerable de la población trabajadora a la que nos referimos es estudiante en los turnos de la tarde, y bajo el supuesto que proporcionalmente los niños trabajadores asisten más a los turnos vespertino y nocturno que la población infantil que no realiza actividades laborales, sobre todo con el propósito central de obtener ingresos, en esto se apoya la pertinencia de describir el problema. Tal como se planteó, conforme avanzan las manecillas del reloj en el transcurso de un día, se incrementan también las posibilidades de un mayor consumo de drogas. Véase la gráfica para afianzar lo expuesto:

Gráfica 9
Consumo de drogas por turno escolar, asista o no a la escuela



También, ubicando la escala del tiempo –esa invención humana a que se refiere N. Elías–, conforme aumentan los grados escolares y con ello, en la mayoría de los casos, la edad, va aumentando el consumo de drogas en la población:

Gráfica 10
Grado de escolaridad y consumo de drogas



Consideraciones finales

Hasta aquí hemos tratado de enfatizar que el consumo de drogas no es un hecho fortuito o extraordinario en la vida de la población infantil, y en particular de la trabajadora. La visión historiográfica que pone de relieve los acontecimientos, por ejemplo en este caso el consumo de drogas como hechos extraordinarios (algún accidente grave, crímenes, posturas antisociales, como ejemplos), incluso despojándole, valga la paradoja, de su contenido histórico complejo, no registra el conjunto de elementos estructuradores que permite en este caso que la acción social sea comprendida. Los niños y jóvenes que han consumido drogas, sin clasificaciones ideológicas o preñadas de valores, lo hacen como sujetos que viven condiciones sociales particulares que los encauzan a ello, por la situación laboral, por la forma en que se ha materializado el proceso escolar en sus historias de vida, por sus circunstancias familiares, por las condiciones materiales de existencia en que se desenvuelve su cotidianidad, todo ello articulado. Escindirlo (la casa por un lado, lo escolar por otro, su familia más allá, etc.), es no reconocer el universo en que se mueven los niños trabajadores y alentar la ilusión de que el niño que trabaja es distinto, expresado con mayor propiedad, es otro, cuando está en familia, cuando interacciona con sus amigos o cuando asiste a la escuela. Es el mismo sujeto, con todas las experiencias y traslados culturales que le marcan y por supuesto con “armaduras estructurales” (E. Enríquez) –o “prótesis”, como indica S. Freud– para cada ocasión, en el entendido de que la interacción implica que él reconoce y se prepara para lo que pueden esperar de él mismo.

Para concluir, se hace énfasis en que el fenómeno de la drogadicción en los niños que ocupan la calle como espacio laboral o hábitat no está desconectado del trabajo y

las condiciones que le rodean, esfuerzo en el que nos hemos empeñado a lo largo de estas líneas. Hablar de consumo de drogas en relación con el tipo de trabajo, las horas que a él se destinan, la prevalencia de mayor número de accidentes, las condiciones materiales de vida, es juntar lo que aparece como aislado para comprender que ese hecho que desde la superficie se aprecia como individual, es realmente una construcción social. Retomando un argumento de E. Menéndez (1988) en torno a la salud, el consumo de drogas no es un fenómeno ahistórico ni de orden estrictamente biológico e individual, pues se trata de una forma particular de establecer relaciones, es en sí mismo una relación social.

Bibliografía

- Bernoux, Philippe (1995). *La sociologie de l'entreprise*, París, Éditions du Seuil.
- Bourdieu, Pierre, *Sociología de la cultura*, México, Grijalbo.
- Braverman, Harry (1987). *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, México, Nuestro Tiempo.
- Castro Navajas, Nora (1995). "Reforma de la educación y mercado laboral", *Horizonte sindical*, núm. 6, abril-junio, México, IESA-SNTE.
- De Oliveira, Orlandina y Marina Ariza (1997). "División sexual del trabajo y exclusión social", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 3, núm. 5, México.
- Duschatzky, Silvia y Cristina Corea (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Argentina, Paidós.
- Espinosa Yáñez, Alejandro (1999). "Trabajo infantil en los espacios laboral-urbanos. Marginalidad e informalidad", en Lydia Feldman (coord.), *La educación no formal para menores trabajadores urbano-marginales. Guía para el promotor infantil comunitario*, México, DIF/Unicef-Afore Garante.
- (1997). *La población infantil trabajadora en condiciones urbanas de informalidad*, Aguascalientes, México, CESMA.
- Feldman Salinas, Lydia (1997). *Voces en la calle*, México, Secretaría de Desarrollo Social.
- Laurell, Asa Cristina y Margarita Marqués (1983). *El desgaste obrero en México*, México, Era.
- Lefebvre, Henri (1976). *Espacio y poder. El derecho a la ciudad II*, núm. 128, Historia, ciencia y sociedad, Barcelona, Península.
- Menéndez L., Eduardo (1988). "El modelo médico y la salud de los trabajadores", en Franco Basaglia et al., *La salud de los trabajadores: aporte para una política de salud*, México, Nueva Imagen.
- Padua, Jorge (1994). "Transformaciones estructurales, políticas educativas y eficiencia en el sistema escolar de México", *Estudios sociológicos*, vol. XII, núm. 36, septiembre-diciembre, El Colegio de México.

- Ricchi Renzo (1981). *La muerte obrera*, México, Nueva Imagen.
- Robles Berlanga, Francisco (1999). *La educación no formal para menores trabajadores urbano-marginales*, México, DIF.
- Thuderoz Christian (1995). "Du lien social dans l'entreprise. Travail et individualisme coopératif", *Revue française de sociologie*, vol. 36.
- Timio, Mario (1983). *Clases sociales y enfermedad*, México, Nueva Imagen.
- Tonucci, Francesco (1999). *La ciudad de los niños. Un modo nuevo de pensar la ciudad*, Buenos Aires, Losada.
- Torres Falcón, Marta (2001). *La violencia en casa*, México, Paidós.